

Mi ofrenda

¿Qué voy á dar? No sé, ni hallo primores  
Que expresen toda la emoción que siento;  
Mas por esta Nación del sentimiento,  
Del amor, de la luz y de las flores,  
Se puede dar hasta el postrer aliento.  
¡Oh, cuadro singular! Cuando la gente  
Sufrir irritante comeción de guerra  
Y con insana convulsión aferra  
El arma de implacable combatiente,  
De un rincón de mi tierra  
Alzase lastimero  
Grito angustioso, que difunde espanto,  
Y el furioso guerrero  
Redúcese á Quijote, que, sublime,  
Tiende la mano al huérfano que gime,  
Sintiendo el rostro humedecido en llanto....  
¡Guárdese la memoria  
De esta insigne victoria  
De la piedad, entre el guerrero estruendol  
Y que descifren doctos pensadores  
Por qué razón, oyendo,  
A pesar de los bélicos rumores,  
El ¡ay! doliente de la Patria mía,  
El odio de los hombres parecía  
Que súbito se fué desvaneciendo  
Y súbito moría  
Ante el amor universal cayendo.  
Y tú, infeliz región, jamás olvides  
Esa hazaña gloriosa,  
¡Esa es la caridad! ¡Esas sus lides!...  
Ella renovará, dulces, siaves,  
Cuando sonría tu campiña hermosa,  
Los líbricos abrazos de las vides,  
El bullicioso idilio de las aves  
Y el deliquio amoroso de la rosa.  
Sobre tus campanarios, hoy en ruinas,  
De tu nueva casita en los aleros,  
Sus coloquios de notas argentinas  
Volverán á entablar las golondrinas,  
Celosas del trinar de los jilgueros.  
La vida, la alegría,  
El aire bienhechor de la esperanza,  
Henchido de piedad, sopla y avanza  
Para volver endecha la elegía.  
¡Ay! no te puedo dar lo que querría....  
¡Esta es mi donación! Toda cariño:  
Llanto de viejo y emoción de niño,  
Ofrenda pobre, como ofrenda mía.

A. LUNA.

La eterna luz del mundo

La adversidad temple el espíritu  
De grandes pueblos. Por eso en  
catástrofes, como las  
de Consuegra y Almería, se despierta  
enérgico y viril en nuestra Patria ese  
tiernísimo y sublime sentimiento que  
llamamos la Caridad, cuyos plácidos  
triumfos valen más que las victorias  
alcanzadas por los héroes en todos  
los siglos.

Genesis del Evangelio, la Caridad  
es la lumbre de la vida. Yo la colubro  
cerniéndose con las alas de  
un ángel en medio de la tempestad  
social, y la proclamo, allá en mis idea-  
les, como el elemento que hará sur-  
gir del seno mismo de la podredum-  
bre que ahoga al siglo un mundo nue-  
vo, basado en el comunismo del amor  
y en las leyes de la conciencia.

FERNANDO DE ANTÓN.

La Caridad

Doliente, desesperada,  
Camina la humanidad,  
De la augusta Caridad  
Con el escudo amparada.  
¿Quién hiciera la jornada  
Por el mundo borrascoso,  
Sin el auxilio precioso  
De tan excelsa virtud,  
Que da al enfermo salud,  
Y al muerto paz y reposo?

Iguala al linaje humano  
De la Caridad la ley,  
Que al mendigo como al rey  
Tiende piadosa la mano.  
El espíritu cristiano  
La infunde aliento y vigor;  
Palpita en ella el valor  
Del mártir en el suplicio:  
Caridad es sacrificio,  
Más que sacrificio, amor.

Torpe y ciego el paganismo  
Tal virtud no conocía,  
Y altar inmundado erigía  
Á su Dios, el egoísmo.  
En negro y profundo abismo  
Se ocultaba la verdad;  
La mísera humanidad  
Lloraba su desventura:  
¡El pensamiento en clausura,  
Esclava la libertad!

Súbito allá en Galilea  
Luz extraña resplandece;  
Sobre la tierra aparece  
El Dios que los mundos crea.  
No en el monte centellea,  
Ni de rayos se corona;  
Que la redención abona  
Humilde con su tormento,  
Y en el Gólgota sangriento  
Espira, y ama, y perdona.

¿Por qué sufrió en Palestina  
Persecución y dolores?  
¿Por qué los crudos rigores  
Que suscitó su doctrina?  
¿Por qué su sangre divina  
Vertió con alma serena?  
Por extinguir la condena  
De humana raza proscrita,  
Por la Caridad bendita,  
Que abarca el orbe y lo llena.

Por ella el negro capuz  
La conciencia ha sacudido,  
Y á la noche ha sucedido  
Del sol la radiante luz.  
Por Caridad en la Cruz  
Dios rompe el yugo tirano;  
No es obra del sér humano  
Joya de tanto valor:  
Pudo soñarla el amor,  
Hacerla un Dios soberano.

¡Caridad! por tí destierra  
El soberbio injusta saña,  
Y ya eres Jordán que baña  
Y purifica la tierra.  
Calla el furor de la guerra,  
De siervo bórrese el nombre,  
Y aunque tu victoria asombre,  
Por tu amor y por tu ejemplo,  
El mundo es un solo templo,  
Y humano sér es el hombre.

Mirada: con su pie breve  
Cruza de una á la otra zona;  
Va en silencio, no pregona  
La compasión que la mueve.  
Ciñendo túnica leve,  
Vuela al campo de batalla;  
No viste cota ni malla,  
Y el fuego no la amedrenta;  
Que el alma, que en Dios alienta,  
Es invencible muralla.

Espíritu noble y fuerte,  
La propia existencia olvida;  
La da por ajena vida,  
Combatiendo con la muerte.  
El sacrificio no advierte,  
Y á solas con los dolores,  
No publica sus favores;  
¡La Caridad es tan casta,  
Que para empañarla basta  
El sol con sus resplandores.

Caridad, que para ser  
Más sublime todavía,  
Por trono escogiste un día  
El alma de una mujer,  
Debiste al cielo el nacer,  
Y, aunque por él con anhelo  
Suspires desde este suelo,  
Nunca te vayas de aquí,  
Oh Caridad, que hay por tí  
En la tierra algo del cielo.

FRANCISCO RUIZ ESTÉVEZ.

Gran error

¡Dios nos olvida!  
Hay que creerlo así en presencia  
de las horribles catástrofes que han  
venido á sembrar el luto y la desola-  
ción en comarcas feraces y risueñas.

Fenómenos geológicos, conmo-  
ciones terribles de la Naturaleza, suce-  
sos extraños que llevan en sí toda la  
perversión de la crueldad y toda la  
magnificencia del espanto, han con-  
vertido las regiones de nuestra Patria  
en caos de miserias, en abismos de  
desdichas, en mares de llanto.

Hay que creer en la Grandeza  
Soberana, aunque esta creencia nos  
llene de pavor. ¡Sólo el que hace los  
mundos puede deshacerlos!...

No hay nada más atrevido que el  
pensamiento, y él me lleva en ese  
instante solemne, en que avaloro lo  
tremendo en toda su espantable rea-  
lidad, á creer hasta que la misma  
Magnificencia tiene sus errores.

Si no los tuviera, no tendríamos  
que llorar hoy sobre ese montón de  
escombros que señalan que allí hubo  
un pueblo feliz, que honraba á la hu-  
manidad santificándola con el trabajo  
y el amor, y alababa á Dios elevando  
sus preces hasta el cielo.

Las víctimas tenían en el hogar el

sagrario de sus afectos, y en el tem-  
plo el sacrario de su Dios.

En el hogar, los altares del cariño  
demandaban las ofrendas de la mate-  
ria: sobre el ara de la familia, el hom-  
bre dió cuanto pudo, liquidando allí  
sus fuerzas en cumplimiento de sus  
obligaciones.

En el templo, los altares de las  
creencias demandaban las ofrendas  
del espíritu: sobre el ara de la Reli-  
gión, ese pan de las almas, depositó  
también sus oraciones rindiendo aca-  
tamiento y veneración á la Sabiduría  
Suprema....

En noche horrible, cuando el hom-  
bre, después de alabar á Dios y de  
honrar á la humanidad, rendido por  
el cansancio y la fatiga se entregaba  
á los efímeros goces de una soñada  
felicidad, entre las caricias de la ma-  
dre amante y los inefables besos de  
los hijos queridos, el cielo se cubre  
de nubes amenazantes, fórjase el ra-  
yo en las etéreas entrañas de las som-  
bras, desgájase el torrente con terri-  
ble fragor, y encendiendo la tempestad  
sus estrellas de relámpagos, y  
mostrando la noche sus negruras más  
densas, allá corren en montón infor-  
me el templo y el hogar, los sagra-  
rios del alma y del espíritu, revueltos  
entre el lodo del infortunio por los ba-  
rrizales de la tierra....

Ni las imprecaciones del hombre  
en el instante supremo de asomarse  
á los abismos de la otra vida, ni el  
quejumbroso llanto de la madre infe-  
liz, ni la oración del creyente.... ¡na-  
da logra sujetar la Augusta Cólera!  
Lo que ayer fué Paraíso de dichas,  
hoy es Infierno de amarguras....

Pero la Magnificencia tiene sus  
errores, y contra ella se revuelve el  
espíritu humano mostrándole que so-  
mos dignos hijos de la Humanidad.

Ella enarbola el lábaro sagrado  
que lleva inscrito el nombre de ¡CA-  
RIDAD!, y el que quedó desnudo será  
vestido, y el que vió derrumbarse su  
hogar, de nuevo lo verá alzarse so-  
bre las ruinas....

Pero el hijo que quedó sin madre  
y la madre que quedó sin hijo....

¡Ah.... pues ese es el gran error!  
Ni toda la cólera divina, ni todas  
las desdichas terrenas podrán arran-  
car del alma de la Humanidad este fue-  
go sacrosanto que nos hace adorar  
sin ver lo que amamos, lo que nos  
dió vida....

Mientras nuestro planeta no se  
desgaje de los orbes hechos mil pe-  
dazos, en tanto quede sobre la haz de  
la tierra un hombre, el sentimiento  
humano tendrá que existir, y á la voz  
de la Caridad, si no resucitan los  
muertos, resucita otra cosa más gran-  
de: ¡ese Poder Infinito que hace los  
mundos y los deshace, y que, por  
misteriosa evolución, lo que hoy des-  
truye, mañana lo levanta, y eterna-  
mente hará que el mundo exista!  
J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Caridad

Ante ese cuadro fatal  
Que la vista nos ofrece,  
Una figura aparece  
Con resplandor celestial.

Tras de esa efigie bendita,  
Que nos sirve de consuelo,  
El alma se eleva al cielo  
Y á vivir más nos invita.

Figura que haciendo bien  
Va de la desgracia en pos,  
Figura que formó Dios  
Para ser nuestro sostén.

Lazo santo y cariñoso  
Que en todo recinto mora:  
Sombra humilde y bienhechora  
Que nos ayuda al reposo.

Figura á que en realidad  
Debemos veneración;  
Porque en más de una ocasión  
Nos salva.... ¡LA CARIDAD!

Sevilla, 1891.

RAFAEL DE AGUAYO.

La realidad de un sueño...

I

El cansancio había enervado mis fuerzas; la  
fatiga postrado mis miembros; cesaba el ruido,  
huía la luz, y allá.... en lontananza.... por entre-  
cortadas y blanquecinas nubes, figuraba como  
sumergirse el sol, esparciendo una lluvia de bril-  
lantes sobre el delicado matiz de las flores dé-  
bilmente iluminadas por la blanca y trémula lu-  
na, que rielando tranquilamente por las azules  
ondas del lago, venía á alentar de vida y de dul-  
zura una noche serena, de sosiego, de amor y  
de poesía.

Insensiblemente, como un éxtasis, como á  
impulso desconocido, abandoné la vida de la  
materia para vivir la vida del espíritu, y enton-  
ces vi que en la tierra, sin dejar de ser tierra,  
puede haber un cielo.

¡Qué hermoso contemplar la naturaleza pró-  
digamente vivificada, con deslumbrantes res-  
plandores de belleza, poblada de serafines y de  
ángeles, llena de grandiosos monumentos, don-  
de todo es orden y arte, majestad y delicadeza;  
respirando hábito divino que transforma, esencia  
de amor que da vida, fragante perfume que  
transciende y purifica, diciendo.... aquí.... en lo  
grande, en lo misterioso, en lo incognoscible....  
está tu Dios.

¡Qué bello cuadro éste, aun presentado en  
los mudables y fantasmagóricos delirios de la  
mente!

¡Qué hermoso cuadro éste, si el alma influ-  
yendo más directamente en el sér moral, á cada  
instante pusiera en contacto los sentidos con  
los efluvios de ese mundo ignoto é intangible,  
encanto del corazón, sueño constante del poeta!

¡Qué hermoso cuadro éste, si en el orden  
real vinieran á compenetrarse la materia y el es-  
píritu!

Así reflexionaba, y en tanto.... sentíame trans-  
portado á misteriosas regiones bullían en mi ce-  
rebro innumerables ideas; mi sér se agitaba  
convulsivo; la imaginación febrilmente asaltada  
por ilusiones fantásticas; mi corazón herido no  
latía; el espíritu, aguijoneando las sensaciones  
mortificantes del cerebro, se gozaba en los hor-  
ribles delirios de esta visión; todo era sufrim-  
iento, todo martirio, todo confusión.

De pronto densas tinieblas cubrieron mis  
ojos....

Lancé un gemido triste y prolongado.... y  
caí en la inercia más completa, totalmente des-  
fallecido....

¡Era el doloroso prólogo de un cuadro trá-  
gico!...

II

Yo vi la tierra ornada con belleza ilusoria;  
gocé un momento; por un instante el placer  
inundó mis sentidos; el contraste no tardó en  
presentarse, y entonces.... se reprodujo la tierra  
con todas las amarguras de la realidad: sin fic-  
ción que arrebatara, sin la hermosura que trastor-  
na, sin elementos de vida, con el horror de un  
fantasma que aterra; porque los delirios de la  
mente se suceden y pasan como los cristales  
alegóricos de la linterna mágica, que en tanto  
producen mayor impresión cuanto más variados  
y repulsivos sean, á la manera de los maravillo-  
sos é inexplicables pasajes de la griega mitolo-  
gía.

Yo vi mi espíritu exaltado vagar de un lado  
á otro envuelto en una sombra, sombra siniestra  
que me hizo estremecer, sombra que parecía  
presagio funesto de funestas desventuras, som-  
bra que, con todos sus incentivos de miedo  
y repugnancia, representaba, no el choque de  
los espíritus en las etéreas y celestes latitudes,  
sino el choque de las fuerzas físicas que había  
de reducir el mundo á una horrible y penosa des-  
solación.

¿Eran éstas las dudas de mi mente?  
¿Eran éstos los pensamientos que en confuso  
desorden trastornaban mi cerebro?

¿Acaso en ellos estaba el arraigo de mi deli-  
rio?

¿Sería un espectáculo de tal suerte el anun-  
ciado en aquel éxtasis?  
Continuaba el sopor.

Súbitamente el relámpago plateó con su ful-  
gor lívido y momentáneo las negras ondas del